

EXCLUSIVIDAD ABSOLUTA: DESDE MADRID, HABLA EL PROMOTOR DE LA

EXPERIMENTO ACALI: VIAJE A

"En una balsa, a través del Atlántico, siete mujeres y seis hombres viviremos durante tres meses una experiencia única, jamás ensayada antes: vamos a estudiar el origen de la violencia, vamos a desnudar los íntimos resortes del comportamiento humano." En vísperas de zarpar de Las Palmas, Islas Canarias, con rumbo a México, el antropólogo Santiago Genovés refiere al corresponsal de Siete Días en España, Armando Puente, las expectativas que encierra esta colosal aventura y los pormenores de su gestación: con el propósito de obtener información profunda sobre los rasgos extremos de la personalidad ocupó año y medio en reunir a un grupo de investigadores (y a la vez conejillos de Indias) pertenecientes a distintas razas, nacionalidades, lenguas y religiones, dispuestos a padecer un largo encierro, un hacinamiento que habrá de deparar fricciones y todas las eventualidades emergentes de la necesidad sexual. Experimentado en raídes oceánicas, Genovés anticipó sus pronósticos y cálculos de riesgo, aun cuando no existen antecedentes científicos sobre el comportamiento de una pequeña comunidad en situaciones marginales y de extrema tensión. Siete Días presenta con orgullo esta primicia sobre uno de los más espectaculares experimentos con seres humanos en lo que va del siglo.



El comportamiento humano y especialmente alguno de sus aspectos, como la conducta agresiva del hombre, la naturaleza y origen de esa agresividad y el modo de controlarla, es un tema de dramática actualidad. Las guerras, los atracos, los secuestros, las violaciones y los asesinatos espantan al hombre, que busca angustiado el modo de contener la actual ola de violencia. Sin embargo, pocos han sido hasta ahora los estudios científicos y muy limitados los experimentos en apoyo de las hipótesis que tratan de interpretar estos rasgos extremos de la personalidad. El profesor Santiago Genovés, un gallego —nacido en Orense en 1932— que emigró al terminar la Guerra Civil Española y que es hoy ciudadano mexicano, lleva años estudiando el comportamiento humano. Doctor en Antropología graduado en Cambridge y profesor de la Universidad Autónoma de México, es una de las eminencias mundiales en Antropología Física. Acompañó a Thor Heyerdahl en las dos expedicio-

nes Ra a través del Atlántico, en las que se trataba de contrastar hipótesis etnológicas acerca de si africanos o europeos llegaron a América antes que Cristóbal Colón. Para verificar esas teorías, que algunos pudieron equivocarse con una aventura sensacionalista, se encontró con otros ocho hombres encerrados durante dos meses en una balsa, en pleno océano Atlántico. Pero más que el pasado histórico, lo que en verdad lo motivó entonces fue investigar (en ese aislado y peligroso laboratorio experimental) la conducta humana y los cambios físicos y sociales que podían producirse en situaciones marginales; es decir, cuando ante graves dificultades empiezan a funcionar los resortes íntimos del comportamiento en comunidad.

En los países de avanzada en investigación científica, uno de los campos de mayor interés es el que se proyecta realizar más inversiones en los próximos años es precisamente el de la conducta humana. Se proyecta dedicar a este campo mayor atención y

más esfuerzos que a la navegación espacial o la cibernética.

Por eso, el Experimento Acali ("La casa en el agua"), que el profesor Genovés inicia junto con una docena de hombres y mujeres de diversas razas, nacionalidades, culturas, lenguas y religiones, es seguido con preferencial atención en los medios científicos más evolucionados del mundo.

"Animal cultural o "mono inquisitivo", como prefiere llamarlo Santiago Genovés, el hombre se respeta y tiene una conciencia de su dignidad y libertad que le impiden someter a sus semejantes a las manipulaciones exigidas por el método experimental. Ante esta dificultad, el eminente antropólogo mexicano y una docena de hombres y mujeres se han brindado voluntariamente a ser cobayos en el laboratorio de una frágil balsa, aislados durante tres meses en el Atlántico, para tratar de conocer algo más sobre la conducta del hombre en singulares circunstancias de confinamiento y espacio reducido, en contacto directo con la naturaleza y muy

directo con ese selecto grupo de semejantes.

A pocos días de zarpar en la balsa Acali, Siete Días mantuvo este diálogo con el profesor Genovés.

—El hombre fue definido por los filósofos medievales como animal racional. Recientemente, varios antropólogos lo han llamado animal cultural, preocupado, previsor, aventurero o investigador. Usted lo ha denominado mono inquisitivo. ¿Por qué?

—Somos monos inquisitivos y vamos hacia adelante, avanzamos. El mono cultural que somos ha desarrollado, como especie, una vocación inquisitiva. Gracias a esa vocación hemos llegado hasta aquí, hasta este mundo por él creado y tan lleno de posibilidades que está, por desgracia y casi sin darse cuenta, a punto de destruir. Esta balsa redonda, única y solitaria llamada Tierra, que hemos inventado y construido, puede fácilmente hundirse en las tinieblas, ahogando a todos los monos, incluido el mono inquisitivo.

LAS ENTRAÑAS DE LA VIOLENCIA



Pocos días antes de someterse a un encierro de tres meses en alta mar, los protagonistas del experimento pdsan para Siete Días. De izquierda a derecha: Georges Saunders (inglés), Edna Jones (checa), Servane Zanotti (francesa), Rachida Masani (argelina, sentada), Fe Seymour (norteamericana, de color), Santiago Genovés (mexicano), Terukasu Komiyama (japonés), Bernardo Bongo (angoleño), Charles Antoni (chipriota griego), Mary Gidley (norteamericana, a medias tapada), Ilana Kochen (israelí), Maria Bjornstam (sueca) y Jean Pham (vietnamita). Antes de partir, Saunders fue reemplazado por el uruguayo José María Montero. Sobre la extrema derecha, el corresponsal en Madrid, Armando Puente.

—¿En qué nos diferenciamos de otros monos?

—En la época de Darwin, hace un siglo, cuando se discutía acerca de si provenimos o no de los monos (que por cierto es una cuestión que nada tiene que ver con la fe, como lo declaró Pío XII en una encíclica), cierto Dr. Corner dijo que si fuésemos monos seríamos los únicos que tratan de averiguar qué clase de monos somos. No cabe duda de que somos monos que estamos en constantes guerras y fricciones. El resto del mundo animal no funciona como nosotros. Los renos, los hipopótamos, los tigres o los leones se pelean, es cierto, pero circunstancialmente. El único animal que mata en masa es el hombre.

—¿Es usted pacifista?

—Yo no soy pacifista. No creo que el modo de mejorar las relaciones humanas consista en que todos los hombres del mundo se den la mano clamando su hermandad. Creo en la investigación científica. La ausencia de comunicación o la mala comunicación, el desco-

nocimiento de nuestras reacciones en grupo y el desconocimiento de muchos de los factores que rigen nuestro comportamiento nos llevan a una sustancial ignorancia de nosotros mismos, de nuestras relaciones. De ahí las frustraciones, los prejuicios, las ignorancias, la fricción y la violencia. Desde hace años estoy trabajando sobre el comportamiento humano [su última obra, que acaba de publicarse en Madrid, se llama precisamente *El mono inquisitivo*] y también en la línea de una mayor integración e interacción entre ciencias naturales y ciencias humanas. Es el único camino posible para entender muchos problemas que sólo pueden dilucidarse en función de la interacción biológico-social; el único capaz de proporcionar al político perspectivas más acordes con el mundo del átomo y los vuelos espaciales, y ayudar así a la acción de gobierno. Hasta ahora, en esa tarea los hombres de ciencia hemos fallado. Coincido con el premio Nobel ruso Solzhenitsyn.

—¿Qué dice Solzhenitsyn?

—El escritor ruso señala que el mundo civilizado "no ha encontrado más que concesiones y sonrisas para oponer al repentino y renovado asalto de desnuda barbarie". Para él existen dos foros de oposición que han fallado: las Naciones Unidas y los hombres de ciencia. Solzhenitsyn, que cursó la carrera de matemáticas, se refiere a los hombres de ciencia en estos términos: "Parecería que el aspecto del mundo contemporáneo depende únicamente de lo que hagan los hombres de ciencia, ya que son ellos quienes determinan todos los pasos técnicos de la humanidad. Pero los hombres de ciencia no han dado prueba alguna que constituyen una fuerza importante e independientemente activa de la Humanidad. Trascurren congresos enteros en que los hombres de ciencia no hacen más que alejarse de los sufrimientos de los demás, cobijándose en la seguridad de sus recintos". El premio Nobel ruso no está solo. Es cada vez mayor el número de hombres de ciencia que piensan que el racionalismo, el hacer las pruebas

con una metodología repetible, no es la única forma de llegar a la verdad y mucho menos a la verdad humana.

—Se dice que empezamos a disfrutar un largo período de paz. Es más, no faltan los que aseguran que desde hace un cuarto de siglo y gracias a los terribles artefactos nucleares de que disponen las grandes potencias, el mundo goza de un período de progreso, sólo inquietado por guerras locales.

—Lea cualquier periódico de ayer o de hoy: Irlanda, Líbano, Israel, Camboya, Vietnam; hasta hace poco Biafra o Bangla Desh. Si en una línea recta acostáramos a los muertos de las últimas guerras, las guerras que ha conocido mi generación, así alineados podrían dar cinco vueltas a la Tierra. Cerremos los ojos y tratemos de imaginar esa monstruosidad. Imposible. Hace 50 años moría un hombre de manos de otro hombre cada minuto; hoy hemos mejorado la cifra: cada 20 segundos.

—¿Cómo se difunde la violencia?



—La tercera parte de los best-sellers literarios gira alrededor de temas de violencia extrema. Un televidente que pudiera ver todos los programas de una sola semana en Nueva York habría presenciado 7.000 episodios violentos. Entre los 5 y 14 años un niño norteamericano normal (y puede usted decir lo mismo de un niño mexicano o argentino, porque son las mismas películas las que se pasan en televisión) ve alrededor de 12.000 muertes violentas. La televisión y la prensa nos ofrecen una imagen estereotipada de lo que nos es ajeno, de lo otro. Los que mueren en TV son casi siempre los otros, amarillos o negros. Para el norteamericano medio los chinos son comunistas, lo que equivale a malos. Para nosotros los mexicanos, los noruegos sólo sirven para navegar, pero no son vivos, rápidos e inteligentes. Para los noruegos, los mexicanos somos buenos para cantar pero no para trabajar.

—¿Cree en el hombre bueno de Juan Jacobo Rousseau?

—No, no. Insisto en que creo en la investigación, no en hablar de paz. Creo en el estudio de estos fenómenos, muchos de los cuales origina o desarrolla la cultura. Los avances tecnológicos han hecho posible, por ejemplo, que gentes de todas partes del mundo se encuentren hoy aquí, conmigo, para iniciar el Experimento Acali.

—¿Qué es el Experimento Acali?

—Como paleontólogo sé que venimos del mar. Me pregunté entonces por qué no íbamos al mar, el más perfecto medio aislante, del cual no se puede uno evadir cuando está en una balsa, para estudiar problemas de comportamiento y convivencia humanos. No me propongo resolver nada, sino verificar una serie de hipótesis. Para ello vamos a vivir juntos 13 hombres y mujeres que hasta hace poco no nos conocíamos, que hemos nacido y vivido separados por las nacionalidades, las razas, las ideologías, las condiciones socio-económicas y religiosas. Hasta ahora se han hechos algunos experimentos de convivencia en naves aeroespaciales o submarinos, pero a cargo de hombres con grandes semejanzas —mismo país, igual raza—, sometidos a una jerarquía militar, en donde rigen la disciplina y la absoluta obediencia. En el caso del Experimento Acali somos un grupo de gentes en las que no hay unos que mandan y otros que obedecen, donde cada uno tiene una especialidad. Trataremos de vivir juntos en una balsa, cruzando el Atlántico durante tres meses. Vamos a tener nuestras fricciones, sin ninguna duda, pero las aprovecharemos para estudiar el origen de la violencia. Tenemos cartas marinas de los países; la capitana María...

tiene centenares. Lo que no tenemos son cartas sociológicas de cómo comportarnos y convivir. Vamos en la balsa en busca de esas cartas desconocidas.

—¿Quiénes integran la tripulación del Acali?

—No puede hablarse de una tripulación sino de participantes en un experimento. Tampoco de aventureros. Somos gentes a quienes nos gusta la vida tranquila, como a cualquiera, la mayor parte estamos casados y tenemos hijos, pero nos prestamos voluntariamente a un experimento de convivencia humana. Está Charles Antoni, chipriota griego, de 37 años, casado y con dos hijos; la señorita Rachida Masani, argelina, 23 años, bibliotecaria, a la que, en un curso acelerado, convertimos en experta en cuestiones de contaminación oceánica, a las órdenes directas del doctor Aubert, director del Centro de Investigaciones de Biología y de Oceanografía de Niza (Francia); la señorita Masani se mantendrá en contacto con el Centro de Contaminación de México. Entre los participantes figura también Mary Gidley, norteamericana, de 35 años, madre de dos criaturas, una rubia y experta navegante a la que le gusta el mar y vive siempre junto al mar, y Fe Evangelina Seymour, también norteamericana, de 23 años, madre de tres hijos, técnica en electrónica, que será la encargada de la pequeña radioemisora que llevaremos a bordo. He procurado que no se repitieran las nacionalidades, porque creo que constituyen elementos importantes a tener en cuenta, pero en el caso de los Estados Unidos se ha hecho una excepción, porque a nadie se le esconde que allí hay una lucha racial fuerte. Por eso hemos traído a una mujer blanca, la señora Gidley, y a una negra, la señora Seymour. Otras dos mujeres de la misma raza, israelitas, pero distinta nacionalidad, viajan también con nosotros. Ambas serán las médicas de a bordo: Edna Jonas, checa, de 32 años, que tiene dos hijas, e Ilana Kochen, israelí, de 31 años.

Con la argelina Masani se encargará de las investigaciones sobre contaminación marina la señora Servane Zanotti, francesa, 32 años, con dos hijos, una experta mujer-rana. Nuestra capitana será María Bjornstam, sueca, de 30 años. La dotación masculina estará compuesta por Georges Saunders, inglés, de 40 años, un hijo, oficial de reserva de la Marina británica; el señor Antoni, a quien mencioné al principio; Jean Pham, vietnamita, de 39 años, padre de un hijo, que será nuestro fotógrafo; Terukasu Komiyama, japonés, de 44 años, con un hijo, camarógrafo de la expedición; el padre Bernardo Bongo, sacerdote jesuita, angoleño, de 28 años, nuestra más reciente adquisición, ya que

se acaba de enrolar a la expedición aquí, en Madrid. Desde luego, también iré yo.

Después de la entrevista, cuando se encontraban ya en las islas Canarias, a punto de zarpar, dos de los hombres antes mencionados, el inglés Saunders y el japonés Komiyama, abandonaron la experiencia por causas no bien conocidas, pero al parecer por diferencias con algunos de sus compañeros. El inglés fue reemplazado por un joven uruguayo, José María Montero, discípulo del profesor Genovés, al que se tenía como reserva, para una eventualidad como la que surgió. Otro de los hombres de reserva, japonés, como el cameraman que acababa de desertar, fue inmediatamente llamado a Tokio.

—¿Cómo se le ocurrió la idea de llevar a cabo el Experimento Acali?

—Desde que participé en las dos expediciones RA I y RA II, con Thor Heyerdahl, me di cuenta de que a la gente le interesaba más ciertos aspectos del comportamiento de los que habíamos ido en esas balsas que las posibilidades que pudieron existir de contactos transatlánticos en épocas prehistóricas. En las conferencias y seminarios, más que saber si el pájaro flota o no flota, o si los fenicios, egipcios y mesopotámicos pudieron llegar a América antes que Colón, la gente quería saber qué había pasado en la balsa en esos dos meses que vivimos aislados del mundo. También me di cuenta que una balsa es el mejor aislante, el único aislante para realizar una experiencia de convivencia y comportamiento, porque cuando se está dentro de ella ya no se puede decir "me aburrí, me voy a casa", sino que hay que seguir. Si el experimento lo hiciéramos en el desierto del Sahara o encerrados en una habitación en un hotel, en Madrid, alguien diría pronto: "Me molesta la cara de este señor, no aguanto más, me voy". Pero en medio del mar hay que seguir.

—Comprendo la curiosidad de la gente y el interés científico despertado por la experiencia humana de las dos expediciones Ra, cuyos tripulantes eran todos hombres. Yo me pregunto cómo resolvieron sus necesidades sexuales. ¿Había entre ustedes algún homosexual?

—No, no tuvimos ningún problema sexual, ni ninguno de los siete tripulantes exhibió tendencias homosexuales. Como es natural, el que no participa en una expedición de este género desconoce el estado de ánimo que lo inspira. Existe un estado general de tensión

que se debe en parte al peligro, al dormir mal, al tener que despertar todas las noches para hacer guardias de dos horas, y con mucha frecuencia tener que trabajar en medio de la noche, conscientes de la necesidad de estar bien despiertos para no caer al agua. Así, el comportamiento cambia y se acostumbra más el cuerpo que el espíritu a las privaciones. Una de ellas es la sexual.

—¿Qué podrá pasar con mujeres a bordo?

—Evidentemente, esto será distinto. Me atrevo a pensar que el problema estricto de las relaciones



Antropólogo Genovés (con Siete Días): Las grandes incógnitas.

sexuales podría, tal vez, solucionarse o reglamentarse. Lo que no concibo es cómo podrán efectuarse a bordo, de forma que no lleven a situaciones caóticas e imposibles de prevenir. Desde luego, no con la educación recibida por las gentes de mi generación.

EL HOMBRE, COMO LAS RATAS

—¿Cuáles fueron las conclusiones más importantes a las que llegó en las dos experiencias anteriores, a bordo de las balsas Ra I y Ra II?

—Que la humanidad del hombre no es innata, sino un producto de la socialización. Algunos rasgos humanos característicos desaparecen en condiciones de falta de espacio, posiblemente porque el hombre logra su humanidad sólo a través del contacto con otros seres humanos y en condiciones adecuadas. El hombre necesita el efecto socializador de un grupo verdaderamente humano para ser y permanecer humano. Otra de las conclusiones fue que existe más semejanza entre varios desconocidos de la misma generación, por

más dispares que sean sus extracciones sociales, nacionales o raciales, que entre familiares de distinta generación.

—Dice usted que algunos rasgos humanos desaparecen en condiciones de falta de espacio. Entonces, ¿nos animalizamos?

—Muchos experimentos con varias especies de animales han mostrado que el exceso de número en un espacio limitado redundará en alteraciones endocrinas y de comportamiento. Lo más desagradable en experimentos con ratas en espacios reducidos es que, tal como le pasa al hombre en con-

—¿Jué significa Acalí?

—Acalí, en lengua nahuatl, la lengua madre de Mesoramérica, significa "la casa en el agua". Ese será el nombre de nuestra balsa.

—¿Cómo será la balsa?

—La balsa tendrá 12 metros de largo por 7 de ancho. Se ha construido siguiendo mis indicaciones, con el diseño de los ingenieros navales José Antonio Mandri, mexicano, y Colin Mudie, inglés. En Inglaterra, pueblo de marinos, saben bien quién es Colin Mudie: uno de los más grandes arquitectos navales. Se trata de dar seguridad, de no arriesgar la vida de

revés aun contaremos con dos salidas de escape y unas barras de hierro para podernos agarrar y esperar a que alguien, con buena suerte, nos encuentre.

—¿Cuándo y desde dónde pienzan zarpar?

—Saldremos del archipiélago de Las Canarias, de Las Palmas, en la isla de la Gran Canaria. Aun no hemos determinado si enfilaremos primero hacia la costa africana del Sahara o hacia Tenerife. Nos tienen que arrastrar varias millas hasta que tengamos la seguridad de que los vientos que van hacia tierra no nos devolverán al lugar de origen, lo que sería una catástrofe. Ese es un problema que decidirá en estos días la capitana. Luego seguiremos la ruta que ella señalará, siempre dentro de ese gran río de 300 millas de ancho que forman la corriente ecuatorial del Norte y los vientos alisios que empiezan a salir con fuerza. Pretendemos salir lo antes posible, a principios de mayo, porque el Caribe es un mar peligroso y vamos un poquito delante de la época de los ciclones, cuyo punto máximo es en septiembre, por lo que nuestra esperanza es llegar a fines de julio o principios de agosto, si es posible a la isla de Cozumel, en México.

—¿Por qué una mujer, una sueca, ha sido elegida capitana?

—En el Experimento Acalí he querido darle mayor valor a la mujer por dos razones: para salir al paso de ese prejuicio de la superioridad de los que tenemos barba y porque el hombre, en el mar, por su constitución física, es generalmente más fuerte que la mujer. Por eso en la balsa vamos cuatro hombres que tenemos poco que hacer allí —un antropólogo, un cameraman, un fotógrafo, un sacerdote— y sólo dos, el grecocipriota Antoni y el inglés Saunders, que pueden ayudar a la capitana Bjornstam y a la norteamericana Gidley en caso de necesidad.

La ayuda masculina quedó aún más limitada con la deserción del inglés Saunders en Las Palmas, quien fue reemplazado por otro antropólogo, el joven uruguayo José María Montero.

TIEMPO DE AUTOCRITICA

—¿Qué clase de alimentos van a llevar? ¿Cuentan con encontrar a alguien en el trayecto?

—No. Esperamos ser autosuficientes. Quien no ha navegado en una balsa cree que, apenas es necesario, aparece un helicóptero. En la expedición Ra II la balsa de papiro iba hundándose y nos salvamos de milagro; estuvimos siete días esperando que nos encontraran y había un barco dando vueltas cerquita, que no daba con nosotros porque una balsa es casi

invisible en el mar. En la expedición Ra llevamos jarras para el agua, imitando a egipcios y fenicios. En la Expedición Acalí, que mira al futuro y no al pasado, no llevaremos jarras, no hacen falta. Llevaremos, eso sí, 5,000 litros de agua mineral. Los alimentos serán seleccionados por sus calorías: arroz, carne seca, spaguetti, glucosa. No serán muy variados, pero sí suficientes. Llevaremos también 120 kilos de medicamentos. Y podremos pescar un poco si hay peces.

—¿Por qué dice si hay peces?

—No lo digo en broma. En las expediciones Ra encontramos zonas muy contaminadas debido a la alta concentración de petróleo.

—¿Van a llevar licores, vino?

—Espero llevar algunas botellas de champagne para celebrar la mitad del viaje. Espero por lo menos llegar a la mitad. Llegar a México será obra de María, la capitana.

—¿Llevarán libros?

—No. Por indicación de uno de los asesores no llevaremos libros a bordo. Estamos haciendo, con la colaboración de tres científicos mexicanos que se encuentran en Madrid —el doctor Roberto Derbez, consultor en terapia familiar; la doctora Nelly H. de Díaz, especialista en Psicología Clínica, y la doctora Marisa F. de Valdés, profesora de Psicología—, unos tests psicológicos para ver los cambios de personalidad que puedan producirse en el viaje. Durante la expedición, todos y cada uno de los participantes realizarán pruebas conducentes a adquirir un mejor conocimiento acerca de los cambios de personalidad bajo tensión, de la conducta interpersonal, de la conducta sexual, de la psicología y la psiquiatra transcultural. Y una vez terminada la travesía no se permitirá a los participantes ver a nadie de inmediato, sino que el grupo deberá permanecer 4 ó 5 días, en una especie de *jeu de la vérité* científico, en compañía únicamente de dos o tres psicólogos.

—¿Qué puede añadirle o restarle a la experiencia el hecho de que se sientan todos investigados y al mismo tiempo investigadores?

—Uno de los aspectos fundamentales para el éxito del experimento es que no haya un período previo de larga sensibilización, sobre todo con los periodistas. Por eso evitamos las entrevistas que nos solicitan periodistas venidos de todo el mundo, interesados por el experimento. Yo he venido trabajando en él desde hace un año y medio, y de manera muy intensa desde hace cinco meses, pero hemos procurado mantenerlo en secreto.

—¿Tienen algunos patrones, algunas hipótesis de trabajo, a los que prestarán especial atención en sus investigaciones en la balsa?



Komiyama, Masani y Bongo: Investigadores pero también cobayos.

diciones similares, padece estados de agresión y violencia. El hombre puede vivir y reproducirse en un ambiente completamente artificial, pero es muy posible que su separación de la naturaleza lo sustraiga de varios de los más importantes atributos biológicos y de muchos de los más deseables logros éticos y estéticos. La naturaleza —los bosques, las zonas cultivadas, las praderas— están desapareciendo por el crecimiento urbano, pero continúan siendo valores serios para nuestra vida. Y, si no, ahí está el patético éxodo del fin de semana, fuera de la ciudad, en busca del mar, el cielo y la tierra. De hecho podemos dudar de que el hombre logre retener su salud física y mental si pierde contacto con las fuerzas naturales que moldearon su constitución biológica y mental. Pienso que en la balsa Ra nos salvó el contacto constante con una de las fuerzas de la naturaleza, el mar, y con el aire, el viento, las nubes y los peces. Creo que en otro espacio cerrado —la cabina de la balsa media 4 metros por 2 y medio—, posiblemente hubiéramos acabado por comportarnos como las ratas.

nadie. Nuestro experimento es un riesgo calculado. No es una aventura, aunque la aventura vendrá porque no se atraviesa el Atlántico así no más. La balsa llevará una vela frontal en forma de trapecio, de 4 metros de alto, sujeta a un mástil de 7 metros y una cabina muy chiquita, de 4 por 4, en la que cabremos, pegaditos unos a otros, en espacios de 60 centímetros para cada uno los 13 participantes.

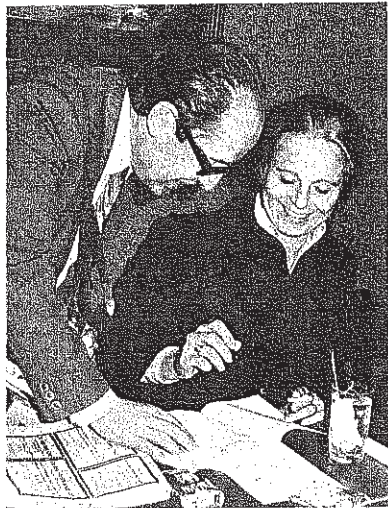
—¿De qué materiales está hecha la balsa?

—La balsa está hecha de un casco de acero de 4 milímetros y medio de ancho, al que se le ha inyectado poliuretano expandido. Es como un pontón forrado de "foam" flotante, por eso se llama balsa, aunque no esté hecha de madera. Tampoco la balsa de la expedición Ra II estaba hecha de madera, sino de papiro, que se fue impregnando de agua y hundándose. La Acalí no se impregnará.

—¿Y en caso de tempestades?

—La Acalí puede inclinarse hasta 110 grados de lado y hasta 90 grados de delante hacia atrás, y aún puede volver a su posición normal. Si las olas nos ponen del

—Ya le he mencionado algunos. Además estamos trabajando con Paul Hare, uno de los más eminentes sociólogos norteamericanos, director del Centro para la Resolución No Violenta de Conflictos, con el psicólogo francés Lucien Mironer y la grafóloga francesa Denise de Castilla, que se encuentran aquí en Madrid junto con los tres hombres de ciencia mexicanos que antes les cité. Con ellos estamos haciendo hipótesis y señalando los puntos que más pueden interesar, como por ejemplo cómo va a funcionar el liderazgo en la balsa. Albert Szent-Györgyi, premio Nobel, ha dicho



Maria Bjornstam, capitana de la balsa, dialoga con Siete Días.

que la investigación es un ir hacia lo desconocido con la esperanza de hallar algo nuevo y valioso. Si de antemano sabemos lo que vamos a hacer o qué vamos a hallar, entonces no estamos investigando, sino sólo realizando un trabajo burocrático. Cada uno de los trece participantes en la expedición llevará un diario. Luego, cuando estemos de nuevo en tierra, aclararemos las hipótesis. Como complemento del experimento he planeado situar cerca de los familiares de cada miembro de la expedición a un estudiante con entrenamiento sociopsicológico, con el fin de que recoja los datos culturales relacionados con las reacciones personales y de grupo una vez que nos encontremos en el mar. Con todos estos datos, los asesores científicos antes mencionados y otros más, entre los que figuran Donald B. Linsley, director de Misiones de Larga Duración de los Estados Unidos; el sexólogo francés Pierre Simon, y el doctor Echevarría, director del Instituto para el Estudio del Ambiente, de México, deberán cada uno, individualmente, formular una hipótesis razonada de cuáles serán los resultados del experimento.

to. Hipótesis que serán comparadas después con la realidad comprobada y registrada.

—¿Aparte de las investigaciones acerca del comportamiento humano van a llevar a cabo otras?

—Sí, sobre contaminación en el mar. Ayer, precisamente, he leído un trabajo titulado "El Atlántico a punto de morir". En las dos expediciones Ra a través del océano estuvimos recogiendo muestras de concentraciones de aceite, unas veces del tamaño de una papa, otras de un frijol, unas más negras y antiguas que otras; observamos con cierta frecuencia pedazos de madera podrida, botellas, corchos, redes rotas, cartones, pedazos de cajas rotas y botellas de plástico. Es decir que cuando íbamos a meter el cepillo de dientes en el mar (los que se javaban o los que no lo perdieron en la travesía) daba asco. El centro del Atlántico está sucio. Por eso me puse en comunicación con la Subsecretaría para el Mejoramiento del Ambiente, de México, y con el Centro de Estudios e Investigaciones Médicas y Oceánicas de Francia, y ellos han entrenado a la señora Zanotti y a la señorita Masani para recoger muestras que no serán tan valiosas como las que obtienen una serie de naves especializadas que operan en el Atlántico.

MATAR Y MANDAR A MATAR

—El hombre, ese mono inquisitivo, como usted dice, es el único mono supersticioso. ¿No le asusta ser 13 personas en la balsa y estar fincadas por el Canal 13 de México?

—A la capitana María Bjornstam no le gusta mucho eso de que seamos 13 y todavía no ha terminado por aceptarlo. Pero, además, lo que usted no sabe es que la balsa se botó un viernes 13. Cuando lo supo un aspirante inglés se retiró, porque en Inglaterra los viernes 13 los barcos no salen a la mar. El 13 ha sido una coincidencia: podríamos ser 12 ó 14; quizás, en el momento de embarcar, si alguien se retira, no seamos más que 12. A mí ese número 13 no me da miedo, aunque no soy un hombre de ciencia racionalista, porque creo que el racionalismo ya dio todo lo que podía dar.

—En la Acalí van hombres y mujeres casados, pero no matrimonios. ¿Por qué?

—No me opongo a que si alguien quiere hacer una experiencia similar con matrimonios no la haga. Pero yo no.

—¿Quién auspicia el experimento? ¿Cuánto cuesta?

—La expedición está auspiciada en el plano científico por la Universidad Nacional Autónoma de México, de la cual soy investigador titular, y en la parte económica por el Canal 13 de tele-

visión. No puedo decirle cuánto va a costar, pero en cualquier caso será menos de lo que cuesta un Phantom o un Mirage, o lo que se gasta en bombas en un solo día en Camboya.

—¿Cuál será el idioma en que van a entenderse?

—Mi experiencia en las dos anteriores expediciones es que el trabajo compartido constituye el mejor medio de comunicación que el idioma. El exceso de palabras es justamente lo que nos esconde de nuestros semejantes, en vez de ser el medio que mejor nos comuniquemos con ellos. Desde un punto de vista convencional, creo que habrá dos idiomas fundamentales, el inglés y el francés; en tercer lugar el español, ya que vienen el padre Bernardo, angoleño, y la señora Zanotti, francesa, que hablan un poco de español, mi idioma materno. Pero no todo el mundo habla los dos idiomas fundamentales, por lo que habrá incomunicación entre grupos.

—A lo largo de la entrevista señaló usted algunas de las conclusiones a las que llegó merced a su experiencia en las dos expediciones anteriores. ¿Podría añadir otras más?

—Sí. Por ejemplo, que el nivel cultural constituye un factor más importante en las relaciones que el idioma, la nacionalidad o las ideas políticas o religiosas; que el grado de religiosidad no parece estar en relación directa con la adaptación a condiciones difíciles y que aquellos individuos que han padecido enfermedades en su juventud se adaptan mejor a las condiciones adversas que los que nunca padecieron enfermedades.

—Usted fue sujeto pasivo en un secuestro aéreo, cuando un grupo de revolucionarios se apoderó de un avión en un vuelo de México a Monterrey. Sabemos, porque así lo ha relatado en "El mono inquisitivo", que aprovechó esa circunstancia para hacer un estudio de comportamiento en tan singulares circunstancias. ¿Puede resumirnos algunas de las conclusiones a las que llegó?

—Después de esa insólita experiencia contrasté mis impresiones con los estudios realizados por los doctores Horn y Knott y publicados por la Asociación Americana para el Avance de las Ciencias. Pienso como ellos que los activistas que yo conocí poseían, en lo que se refiere a salud mental, altos niveles de dignidad, orientación intelectual y preocupación por los demás, al mismo tiempo que bajos niveles de etnocentrismo, sentido de la posesión y dependencia. Me parecieron guiados más por principios éticos, derivados de la filosofía moral, que de los convencionalismos sobre lo que está bien y está mal. Observé también que evidenciaban

poseer puntos de vista enfermizos y estereotipados de lo que se denomina "el establishment". Junto con ese tipo que podríamos denominar "normal" o más generalizado de activistas encontré que alguno parecía presentar un cuadro de relaciones conflictivas con sus progenitores y ser un individuo colérico y tenso. Para concluir esta experiencia, breve y circunstancial, prefiero apoyarme en los doctores Horn y Knott, quienes dicen que "en aquellos períodos en los que la fe en las verdades aceptadas empieza a desmoronarse, o en los que la élite política se encuentra dividida con respecto a la dirección de la política a seguir, se observa un claro incremento del activismo". Añado por mi cuenta: no es un fenómeno de hoy, sino que siempre ha existido y con diversas variantes.

—¿Opina usted que la violencia y las guerras tienen un origen biológico; que el hombre pelea y mata porque está hecho así?

—Los hombres somos los únicos que matamos en masa a nuestros semejantes, pero la mayor parte de los hombres de ciencia, y yo entre ellos, pensamos que la belicosidad no se apoya en razones genéticas, como pretenden Lorenz, Andrey, Frank o Andreski. Sólo el hombre hace la guerra, sólo el hombre posee cultura. Las razones son lingüísticas, económicas, políticas, religiosas, nacionalistas, racistas. El hombre no posee instinto agresivo. Lo que llamamos instinto es, al menos en parte, aprendido. Las explicaciones sobre el significado de los criminales que poseen un doble cromosoma YY son simples y a todas luces insuficientes. El consenso de la opinión científica mundial es, pues, que hay que investigar las razones de nuestra belicosidad histórica en nuestra cultura.

—¿Esas razones son las que van a estudiar ustedes en el laboratorio humano que será la balsa Acalí?

—En efecto. Somos gente normal, investigadores que aceptamos ser al mismo tiempo cobayos. Somos gente que entendemos que la paz no es estar sentado a la diestra de Dios Padre o la imagen de un pastorcillo tocando el pífano o de un señor en zapatillas fumando en pipa, con una mujer a su lado tejendo y un gatito jugando con el ovillo. La paz, entendemos, no supone inmovilidad o estancamiento, sino, al contrario, búsqueda, esfuerzo e incluso audacia. No hace falta mucho optimismo para ver que si hemos venido de algo más o menos parecido a un antroponide, en el futuro algo evolucionará desde nosotros. Podemos con humildad concebirnos como el intermedio entre los animales y los verdaderos seres humanos. ■